

Planteamiento del problema agrario argentino

Por ANDRÉS RINGUELET

La salud moral y material
del país está en el campo.

I. — AGRICULTURA Y CIVILIZACIÓN

Desde que el mundo es mundo la humanidad clama por el « pan nuestro de cada día », y no la carne precisamente.

El pan es la salud del pobre y el alimento ineludible del rico. Y la existencia de 600 millones de « comilones de pan »— toda la población del globo exceptuando el Asia arrocerera y los pueblos bárbaros— autorizan a considerarlo *artículo de primera necesidad*.

La Historia Económica del mundo es la Historia del Pan, pues es el pan el que ha regido y rige la sinuosa marcha de la civilización.

Sin embargo no fué por instinto el alimento del hombre. El ser humano comenzó por tomar, atrapar, los frutos que le brindaba la naturaleza. Aquellos que no requerían mayores esfuerzos ni preparación previa para satisfacer sus necesidades. Pescaba y cazaba.

Pero pronto la prole lo obligó a cuidar de las bestias, multiplicar el ganado. Necesitó pastos y abandonó la caverna para hacerse nómada.

Sofrenó sus impulsos, meramente destructores, para volverse conservador, celoso guardián de sus intereses. A la vez que su instinto le despertaba, indirecta y lógicamente, la noción de propiedad; que más que una idea o un impulso, fué, en un principio, un imperativo orgánico. Noción de propiedad que a medida se intensificaba tornaba más profundo su egoísmo y el odio hacia los demás.

Pasó el tiempo, aumentaron las exigencias de la familia y hubo de resolverse a buscar nuevas fuentes de recursos. La tierra virgen se brindaba, el pastor se radicó surgiendo la agricultura, cuyas activi-

dades, realizadas en común, forjaron la primera célula social; no ya la agrupación para ofrecer resistencia en el combate o intensificar la acometividad en el ataque sino la unión de voluntades e intereses más durables. Mas al caminar de los años, la división del trabajo, la multiplicación y nuevas exigencias de la vida hecha más cómoda llevó la explotación al individualismo que exacerbó aún más el espíritu de agresividad, de rapiña, por conquistar la propiedad: el egoísmo innato en la especie humana desvirtuando, oponiéndose —como siempre— a la sociedad.

Es interesante recordar, al respecto, a Nicolai que en su estudio sobre el desarrollo del trabajo humano, esquematiza de la siguiente manera la evolución de la sociedad: Hombre, fuerte, cazador se hacía pastor originando pueblos ganaderos, nómadas y guerreros que no trabajaban... la mujer, débil, recolectora de vegetales, se hacía agricultora, constituyendo pueblos pacíficos, domiciliados.

Los pueblos ganaderos no han dejado rastros, los agrícolas han hecho cultura.

La misma palabra trabajo, originariamente en lengua alemana *arbeit* es sinónimo de *ackerbau*: agricultura.

Lo significativo es que esa agricultura, ejercida en sus orígenes por el primer esclavo humano: la mujer (aunque la Biblia dice que Eva y Adán eran agricultores) engendró la cultura, aún sin atenernos a la posible derivación de la palabra cultura de cultivo; porque, y esto es suficiente, las regiones más feraces del globo han originado las civilizaciones más notables: el valle del Nilo en Egipto, del Eufrates en Asiria, del Ganges en la India y del Yan-Tse-Kiang en China... y fueron sus primitivos dioses tutelares: Isis en Egipto, Demeter, Ceres y Atena en Grecia y Roma, Narthus, Frigga y Freya entre los germanos y Kibela en Asia... precisamente todas figuras femeninas.

II. — CARACTERES UNIVERSALES DE LA AGRICULTURA

Fuera de duda la agricultura vino a intensificar la actividad humana aunque en forma limitada con respecto a las otras actividades por cuanto los factores que la rigen y contringen a la vez (suelo, clima, etc.), no se oponen al desenvolvimiento de las demás.

Fuó como sigue siendo, pese a la máquina y a la ciencia, una

« industria » de evolución lenta, cuya economía se caracteriza por la lenta acumulación del capital. Y supeditada a los fenómenos naturales y a la industria. (He aquí los fundamentos de toda una cuestión económica que balbuceada por el historiador Ricardo se teme enfocar abiertamente porque involucra un pavoroso problema, sintetizado por dos palabras literariamente inocentes: campo y ciudad).

La agricultura, conservadora por naturaleza, pacífica, progresa por la ciencia y la industria (aunque la responsabilidad del progreso lo comparte con la naturaleza). La industria, inquieta y rebelde, es en el fondo una « segunda agricultura », pues si el hombre, con las fuerzas naturales, hace producir el trigo, con el auxilio de las fuerzas artificiales obtiene la harina con que elaborar el pan.

El arado, hoy la máquina y la electricidad, es a la vez símbolo de independencia del hombre sobre la fuerza bruta y de dependencia de la agricultura con respecto a la industria. Y esto nos revela otro hecho de real valor para la economía: la paralización de la agricultura trae aparejada la crisis de la industria, con el agravante de que en la agricultura el organismo se rehace más dificultosamente y una crisis perdura más.

Otro carácter que identificó siempre a la agricultura fué su individualismo. El problema agrícola y el campesino no interesó fuera del círculo regional. Se lo ha considerado como una cuestión extranjera a las preocupaciones ciudadanas. Le cupo a la guerra la virtud de desplazar al solitario de la campiña hacia la ciudad, cuyos ojos absortos reconocieron en él a un hermano hasta entonces olvidado, vegetando al borde del progreso y la civilización. El agricultor no conocía el ritmo de la vida de su país y la Nación desconoce y no quiere conocer su realidad agraria.

Con ello insensiblemente se descubre otro factor inherente a la agricultura, no menos desfavorable para ella: el menosprecio que siempre mereció como tarea innoble a cargo exclusivamente del siervo, del esclavo; primero mujer, más tarde llamado campesino y entre nosotros gringo. Porque el ciudadano debía emplear su tiempo en los nobles menesteres de la guerra y debe, ahora, dedicarse a la política para asegurar una tranquila y fácil subsistencia.

Sin embargo es la agricultura la que ha sobrellevado la pesada carga de cimentar la riqueza del país, directa e indirectamente.

III. — LA ARGENTINA AGRÍCOLA

El imperativo geográfico de la Argentina es agrícola. Sus industrias básicas son la cría de animales y la producción de granos. Basta decir que en los 20 años que van desde 1910 a 1931 el aumento de la exportación —y somos esencialmente exportadores— de los productos agrícolas ha sido seis y media veces mayor que todos los demás productos del país, exportados (203.122.977 Tn contra 30.587.905 Tn). Toda la historia de la República, su pasado, su presente y su porvenir está en el campo ⁽¹⁾.

Desde el confín más remoto, a través de las llanuras, creando pueblos, nutriendo ciudades, llega a los puertos para proyectarse a todos los países del mundo la riqueza de la pampa argentina, provocando una rítmica pulsación de progreso que le ha permitido al país sobrellevar sin tragedias, las crisis más profundas.

La economía argentina es la economía agraria: la economía del trigo y la economía de la vaca. Y eso que actualmente se cultiva sólo un 9,2 % del 28 %, sobre la extensión territorial del país, utilizable para la agricultura; a pesar de haberse duplicado, en el término de 20 años, el área sembrada.

Aún en plena crisis, del año 1930, ocupaba por su cosecha cerealera el cuarto lugar entre todos los países productores. No en vano Hoover la instituyó « Granero del Mundo ».

Nuestro país produce más de lo que necesita y le piden los demás países.

Pero esa riqueza inagotable explica quizás el atraso profundo de todo lo que concierne a la agricultura (hago solo un distinguo con la ciencia, porque ella no es obra de gobiernos).

La Argentina, netamente agrícola, cuya realidad social-económica está en el campo, carece de conciencia agraria. Su vida gira desorbitada, desplazado su eje del campo, absorbidos sus intereses por la ciudad.

(1) PEDRO F. MAROTTA, *El Agro Argentino en la Historia y en la Economía del país*. Buenos Aires, 1930.

IV. — IDIOSINCRASIA CRIOLLA

Vivimos en un país eminentemente agrícola-ganadero pero cuya idiosincrasia la debemos a la ganadería y no a la agricultura.

Azaara atribuyó la vitalidad del indígena americano a su alimentación carnívora. Y Azaara es quien nos pinta con frase por demás gráfica la situación de entonces: « Los pastores consideran mentecatos a los agricultores, pues si se hicieran pastores vivirían sin trabajar y sin necesidad de comer pasto como los caballos ». (En honor al papel social que ha desempeñado la mujer, recordemos a Nicolai: el hombre fué el instrumento inconsciente del progreso, pues para no trabajar ha instigado a la mujer a trabajar).

Los conquistadores, ávidos de oro, se encontraron con una pampa carente de minas pero abierta al trabajo del azadón labriego. Sin embargo su genio pudo más que la naturaleza y a modo de lo acostumbrado en el solar de la raza se dedicaron a la cría de ganado, que cultivar la tierra era « oficio basto de indios y de peñeros peninsulares ».

Los descendientes, hijosdalgos, abuelos de la patria, enarbolaron las varas de medir géneros o negociaron el cebo, cuero y lana como acopiadores. Olvidemos la sana requisitoria del licenciado Matienzo rogando a los reyes envío de agricultores y menos caballeros. Y las sugestivas medidas sancionadas por varios virreyes imponiendo el trabajo forzado para hacer posible la cosecha de las escasas chacras que rodeaban Buenos Aires.

Basta mencionar las páginas de cualquier historiador argentino o las sabrosas narraciones de los cuentistas de la época para comprender la deprimente situación que se veía obligado a sufrir el agricultor de entonces; máxime cuando el culto nacional del coraje constituía el pundonor criollo.

El alma castellana pugna por los menesteres de la ganadería, señorial, y nos separa de lo real, en innegable contradicción geográfica.

Tener muchas tierras, tener peones, ser libre y caudillo en su feudo, he ahí el ideal. (Sería interesantísimo dedicar un capítulo a la revolución emancipadora de Mayo; donde se utilizó la ideología francesa antifeudal para apuntalar un movimiento de la clase

propietaria americana y la pequeña burguesía criolla que fueron los 20 mil votos representados por Moreno en su memorial).

El Estado fruto de esa clase y órgano a la vez de la misma ha vacilado siempre entre el latifundista y la casta de agentes semi-industrializantes. Por eso nuestras oligarquías criollas viven encaramándose en un hombre o en una camarilla.

El mismo Ministerio de Agricultura es quien nos dice en un estudio gráfico interesante: « Se explica, tratándose de la ciudad asiento de nuestros ricos propietarios, ganaderos especialmente, que el aumento repentino de los valores empleados en la edificación y jugados en los hipódromos coincida con años de repunte en el valor de las exportaciones ganaderas, aunque de baja para las agrícolas ».

Lo que no obsta para que nuestro país, con ininterrumpidos desgobiernos de clase, con una señalada orientación capitalista ganadera en todas las manifestaciones de su vida —nacional, comercial o políticamente considerada— no cuente todavía con un solo frigorífico propio. Frigorífico que simboliza el control del comercio y decir comercio en un país esencialmente productor de materias primas y por tanto exportador por sobre todas las cosas, es decir la llave de su vida misma.

No nos extraña pues que la prensa « seria » proteste, como no hace mucho lo hiciera, ante un proyecto de las Cámaras de la Nación propiciando un aumento del impuesto a las carreras. No es inverosímil de ahí explicarse porqué en la provincia de Buenos Aires por cada escuela funcionen cinco tabernas. Y la enseñanza superior, en simulación de universitaria esté desvirtuando la ciencia, rebajando la eficacia técnica profesional y simulando a ratos interés de cultura que no pasa de la pedantería del título. Y que no tengamos tan siquiera una geografía económica, base y orientación de nuestra realidad; porque geografía económica no es el acumulamiento de estadísticas más o menos exactas o más o menos convincentes cuando ni siquiera tienen la virtud de realzar el significado de sus propios números, darles vida y hacerles decir de los problemas reales que muchas veces se ocultan por desconocimiento o apatía y otras por intereses bien, pero muy bien dirigidos. De ahí que se hable del maíz como « un mal necesario » y se trate de reducir el área sembrada de trigo; mientras $\frac{4}{5}$ partes del mundo piden pan. O preferimos vender el maíz a ínfimo precio para que el vecino engorde

chanchos y nos lo devuelva en apetecibles y bien caros jamones, orgullo del progreso y adelanto adquirido.

La economía argentina está abandonada, en el país, al libre juego de los intereses privados, y en el exterior a la débil tutela de arcaicos tratados de comercio casi nunca respetados.

Un estado semejante significa por lógica un campo doblemente propicio para reagrar una crisis que como la actual, fuera de las causas propias del sistema imperante, tiene causas específicas de la agricultura y particulares de la República Argentina.

V. — CRISIS

Dejemos a un lado la obra administrativa, índice invariable en el país, cuya vida política se resuelve en aspiración burocrática. Ampliemos nuestro panorama. Vayamos hacia los problemas más generales.

El país como « el mundo parece dar tumbos en el pantano de la incertidumbre ».

Lo real e indiscutible es la crisis intensificada en la agricultura.

La Conferencia de Ginebra convocada por el Consejo Económico de la Sociedad de las Naciones convino en que: « la crisis agrícola y con ella la crisis económica en general sería en gran parte solucionada si se consiguiera resolver el llamado problema del trigo ». Verdad que plantea tres problemas graves en nuestro país que además de padecer una crisis económica general sufre una agudísima bancarrota agrícola y su poder defensivo de rehabilitación es dificultoso porque siendo nosotros los panaderos y carniceros del mundo toda nuestra vida está en manos del extranjero, la exportación, las cifras que danzando sobre las olas cruzan los mares en cadena perpetua.

No lo podemos ocultar: el Norte sufre, el gran Oeste argentino se despuebla. (Una vez el Gobierno cargó trencitos con agricultores hambrientos y de la Pampa se los llevó al Chaco y del Chaco se los llevó el trencito de la desesperación).

Tomás Moro nos sonríe: las bestias se tragan al hombre. El campo hecho potrero se va abriendo a la hacienda. Solo que ahora son las vacas gordas las que se comen a las flacas.

El caballo vuelve a relinchar libre, orgulloso de haber desalojado

al motor. La máquina no trabaja: ni por cincuenta pesos en una feria de Córdoba se pudo vender un tractor andando...

Se hacen estudios muy interesantes, deshilvanados, incompletos sobre la sequía en la Pampa, infertilidad de tal o cual zona, de la granja como panacea económica, sobre los malos caminos, graneros utópicos, créditos expropiatorios, las aduanas terrestres que son los ferrocarriles, ausencia de cooperativismo, sistemas de explotación, falta de técnica, la moral del agricultor, mala política, exceso de producción, reducción de las exportaciones, desvalorización de la moneda, reducción de las rentas nacionales, censos de desocupados, flor de caridad, aumento de la deuda pública, forma de acrecentar los aranceles, posibilidad de inutilizar el trigo como alimento humano, aprovechamiento del mismo para engordar cerdos, industrialización del grano para proyectarlo por el caño del máuser previendo la bellicosidad del vecino en un ímpetu delirante por « bastarse a sí mismo ». Principio que encierra la más ilógica pero explicable contradicción de la historia económica actual, más aún para países como el nuestro de estructura agraria semi-feudal y primitiva y dependiente del capitalismo financiero en sus relaciones con el mercado y el crédito. (Solo los capitales extranjeros en el país ocasionan una sangría anual de 500 millones de pesos).

Nacionalismo económico del cual Italia es el más alto exponente. (Muy interesante sería discutir aquí, en otra sesión, la gloriosa batalla del trigo que ha llevado a la romántica Italia a cultivar flores para poder pagar el pan y el impuesto establecido para comerlo). Nacionalismo económico, decía, que no significa otra cosa que un peligroso enquistamiento que si no arrastra a la asfixia lleva al estancamiento, a la paralización. Pero, y he ahí su más patriótica explicación: permitirá como la clásica muralla china resistir el asedio en caso de guerra.

Los teorizantes manifiestan poder afirmar que la economía europea padece cojera: « se apoya alternativamente con una pierna industrial demasiado larga y una pierna agrícola demasiado corta ». Yo creo, y creo sin prevención, que la economía de Europa y la de América padece renguera completa.

Un destacado economista de cátedra argentino, al inaugurar la Comisión de Economía Nacional de la Provincia de Santa Fe, revela algunas barajas de nuestra crisis; ella se debe a:

1º Que se ha reducido el valor total de las exportaciones a precios bajos en cerca de la tercera parte con relación al período 1927-1929. 2º Que se ha reducido la producción del año en más de 600 millones de pesos $\frac{m}{n}$. 3º Baja del nivel de vida de la población trabajadora hasta una reducción de sus consumos en no menos del 20 %. 4º Crecimiento progresivo de la desocupación hasta batir todos los records existentes. 5º Balance comercial e internacional de pagos fuertemente desfavorables, debiendo pasar de 470 millones. 6º Desvalorización progresiva de la moneda. 7º Reducción de las demás rentas nacionales en cincuenta a sesenta millones. 8º Cierre del ejercicio financiero con déficit record de 210 millones arriba. Se refiere al año 1930.

Jevons (en 1884) explicó las crisis por las manchas solares. Parecería brujería del medioevo pero, L. Moore en 1923 las explica por las posiciones del planeta Venus frente a la Tierra y el Sol.

Clement, Jugler y Liefmann, luego Werner Lombart dice: « La depresión es el estado normal de la economía moderna y las crisis son el resultado del alza que las presenta ».

E. E. U. Mitchell y Torp hasta rechazan el término crisis suplantándolo por « recesión » (retroceso). Otros las determinan por el exceso o falta de producción, exceso o falta de consumo.

Cassel, Jugler, Irving Fischer, Lloyd Overstone dan la pauta en el « desorden de la circulación, producción y reparto del oro, crédito, etc. ».

Francisco Nitti, en 1932, la demuestra como producto de la desorganización política. Y Marx —no el vapuleado Carlos Marx— la explica con la sobreproducción, relativa por supuesto. Porque hay sobreproducción, sobreproducción con respecto a las necesidades *solventes*; no con respecto a las necesidades naturales: el hambre. No basta querer, no basta necesitar consumir: *hay que poder comprar*. La capacidad de consumo del capitalismo es reducida, está limitada por el deseo de acumular, de aumentar el capital, de producir la plus valía.

No es extraño, así, que la llamada escuela histórica (Roscher-Schmoller) que busca por medio de estadísticas y coordenadas establecer los síntomas anunciadores de crisis y de progreso ayudados por los « barómetros de coyuntura » (Instituto de Harvard en E. U. y en Alemania el Instituto para la busca de coyuntura) han fraca-

sado. Lo hizo público « Berliner Tageblatt » y lo confesó el economista americano W. C. Mitchell y el alemán Liefmann.

Hay desorden en la producción y desorden en la distribución; cuando en el mundo ha ido sensiblemente pareja el aumento de población con el de producción: los números índices son 111 y 113 respectivamente de 1913 a 1932.

Impera la ley del interés compuesto que lleva más allá del mal codificado. Es la nueva filosofía económica: lo racional de lo irracional.

La vida de la planta exige agua. El comercio clama sequía. La ciencia se desvive por mejorar y aumentar la población. El interés vuelca el vino en las asequias, arroja el café al mar, quema el algodón y deja podrir el trigo en los depósitos.

La naturaleza y la ciencia luchan por la vida. La ley del interés compuesto obliga a abandonar sus frutos para pastoreo de las bestias. En la abundancia se padece.

Pero la crisis no se soluciona restringiendo la vida o acusando a la ciencia o a la máquina como responsables del caos. Esa es la economía capitalista dirigida no para bien de la colectividad sino en beneficio de un grupo. Esa es la más grande de las dictaduras que sufrimos —en pleno siglo de la democracia—; dictadura silenciosa que obra sordamente y se adivina en el dominio político, en los nacionalismos belicosos, en la legislación, en los grandes trusts, en el crédito, en la banca, en la industria, en la ciudad.

VI. — CIUDAD Y CAMPO

La guerra, dijimos, tuvo la virtud de descubrir la ciudad al campesino.

Bien pronto los zuecos de los labriegos alarmaron a los tranquilos hombres de bien vivir. El éxodo se hizo activo y hubo de agotarse las medidas para interrumpirlo. Ya no era el primitivo problema de la vida de la ciudad multiplicada a causa de la máquina, que hizo crecer la urbe en forma desproporcionada.

El Instituto Internacional de Agricultura estudió el problema y señaló como determinantes principales del desorden: las causas económicas y de ellas la innegable escasa remuneración del trabajo agrario comparado con el industrial.

En segundo término se colocaron los factores sociales.

Un Consejo Internacional Científico reunido en Roma en Noviembre de 1927 resolvió aconsejar para detener el éxodo rural: « Se equiparen: 1º las condiciones y derechos (sociales, legislativos, etc.) del agricultor con el habitante de la ciudad; 2º los salarios; 3º el confort de vida, y 4º la educación ».

Van más lejos los consejos Comunales Rurales (Rural Community Councils) de Inglaterra al crear bandas rurales de música y compañías para representaciones dramáticas.

Esta vez no se nos ocurrió imitar a Europa porque el problema de urbanización no constituye un mal tan agudo; aunque el éxodo rural (que es el problema de los trencitos) se deja sentir en grandes regiones.

Necesitamos bandas de músicas y algo más que para compañías dramáticas, ya tienen bastante los agricultores con su vida.

Si bien es cierto que el capital agrícola se caracteriza por su lenta acumulación y que en nuestro país está bien distante de obtener el 10 % y larga vida, como se afanaban en proclamarlo los « farmers » norteamericanos (Good-live and ten por cent) y que no hay necesidad de hablar de confort ni de educación en el campo; aun cuando en cierta estancia de Córdoba se llegó a formar una liga de la risa para recreo del chacarero; porque el campesino se desenvuelve en un primitivismo conmovedor; tenemos un problema más serio, más grande, muy nuestro, acrecentado por la crisis y la idiosincrasia argentina: el problema de la ciudad y el campo.

No aludo al ciudadano de todas las ciudades para quién sus preocupaciones diarias terminan poco antes de los suburbios. Que si conocen un poco de pampa es el parche de campo que entrevieron a través de la ventanilla del ferrocarril o del cristal del automóvil en un raid realizado con entusiasmo deportivo.

Del hombre de todos los días que en la oficina, en la cátedra, en la banca, en el club o café entre un vermouth, un fox-trox o un chisme de Hollywood se distrae leyendo una estadística que no comprende o algún inflamado artículo periodístico que no entiende sobre el aumento del intercambio o la suba del precio del trigo.

Al ciudadano que en su largo peregrinaje por aulas y calles llegó a conocer, en un museo, esa planta misteriosa, adorada por los aztecas, que los norteamericanos transformaron en chanechos, el maíz

que según dicen produce sólo en esta tierra fructífera y enriquece a quien lo toca.

Hablo de la ciudad como entidad particularísima dentro del engranaje económico-social. La Babel milagrosa trocada al conjuro de la realidad en un factor de hondo significado económico. Y del campo, aquella poética llanura ebria de sol y cielo azul, transformada en otro profundo problema económico; agudizado en la Argentina por ser él causa y razón de su existencia.

Campo, así, significa una estructuración bien definida, una realidad indiscutible que pugna en desventajosa lucha por encauzar la orientación nacional, ahogada, cohartada y negada por la tiránica y férrea regla del interés compuesto que esgrime la ciudad.

«La ciudad piensa en dinero, el campo en bienes», dice Spengler argumentando la decadencia de occidente.

Yerran pues quienes miden con las mismas reglas, miran con los mismos ojos, calculan con los mismos números, atribuyen los mismos problemas, tratan de orientar por idénticos senderos la vida de la ciudad y del campo.

Todos los medios del país, bajo desgobiernos sin orientación; orientación nacional; se convienen en defender la industria que le ha dado la supremacía a la ciudad.

Al campo va el inmigrante pobre e inepto. (Las estadísticas nos enseñan que los inmigrantes no aportan, término medio, más de 20 \$ como capital y eso que para beneficio del país ha desaparecido la inmigración golondrina). Y al campo va el ciudadano más o menos en idéntico grado de pobreza. Pero a la ciudad se agrega el campesino enriquecido y la burguesía terrateniente.

El saldo no puede ser más desconsolador.

Hay despoblación material y moral; las energías, una vez desarrolladas, van a perderse en las ciudades: cabezas ya apopléticas de gentes y vicios. (El aumento de la población urbana sobrepasa del 50 % con respecto a la rural). La ciudad teme a la tierra porque la tierra ensucia. Para evitar su contacto se circunscribe, quizás por eso teme construir caminos. El campo es el cuerpo del delito, el testimonio delator de sus orígenes y riquezas.

La agricultura, introducida por la inmigración pobre extranjera, sigue siendo un producto exótico. La industria, introducida por el capitalismo extranjero, ha conseguido subordinar, domina. La man-

sedumbre del campesino — virtud del hombre hecho a la naturaleza— alimenta la ciudad y paga sus desvaríos sin beneficiarse. Impuestos aduaneros, inflación, créditos, legislación, política, todo estimula y enerva la vida artificial, ficticia del país.

El divorcio se acentúa y la lógica armonía entre industria (ciudad) y agricultura (campo) está quebrada. Lo explica el cuento de la bolsa como al régimen de propiedad el cuento del capitán Kid.

Me refiero al envase de hilo sisal que tan indispensable es —por el momento— al transporte de nuestra cosecha. Esta tela de arpillera de forma rectangular que tantos nuevos ricos hizo cuando la guerra.

La bolsa no sólo es el exponente del delicado arte del telar ni el resultado de un interesante proceso químico-biológico gracias al cual la hoja se transforma en fibra textil, sino también una simple ecuación matemática, de economía doméstica, que se resuelve con una moneda.

La materia prima viene en su casi totalidad del extranjero, lo que no obsta para que en nuestro país tengamos todo un mercado donde se juega al alza y baja especulando sobre el precio de la bolsa que la industria fabricó para el campesino.

El chacarero le compra a la ciudad una bolsa nueva, total son 0,27 \$; pongamos por caso. La llena de trigo y como por arte de encantamiento el prodigio de la industria, la bolsa, se desprecia, ya no vale nada, se la considera trigo y como trigo se la paga a 3 centavos. La culpa es de la bolsa cuyo peso no pasa de $\frac{1}{2}$ kilo. Lo que compró por 27, se da por 3 y para no abusar le agrega el hilo con que la cose.

Pero aquí no termina el cuento, el chacarero vuelve a necesitarla y la compra, ahora, usada. Se la dejaré a 20 dice el acopiador y acto seguido se la compra a 3 y gracias al tesoro que lleva —el trigo— porque sino ni regalada la acepta; si ellos tienen por centenares de miles las bolsas guardadas con el objeto de impedir que « lo que tan fácilmente se desvaloriza en el campo no vaya a bajar de precio en la ciudad ». (Menos mal que tal procedimiento ha sido ya aceptado oficiosamente como debilidad o cleptomanía del comercio: porque robar, robar es tomar el pan para calmar el hambre).

Pero volvamos al problema: entre idas y venidas de la mano del industrial a las del chacarero y del chacarero a las del industrial una ganancia neta mínima de 30 centavos por bolsa lo que hace mi-

TO VIVIR ABSORBIENDO

— 102 —

llones de pesos donde se exportan millones y millones de toneladas, y todavía se vende la bolsa de tercera categoría para carbón y leña. Y ya tenéis la solución: entre toma y traiga el chacarero embolsado. No nos extrañe pues que la capacidad adquisitiva del producto agrícola sea siempre inferior al industrial, en igualdad de condiciones, en cuanto a trabajo y costo real de ambos. El tiempo y el esfuerzo demandado por un producto industrial que se canjea por un peso es infinitamente menor que el requerido por un producto agrícola que se negocia por igual suma. Es esa la virtud de la plusvalía; aquí la paradoja del kilo de plumas más liviano que el kilo de plomo es cierta.

Si consideramos las fluctuaciones sufridas año a año con respecto a los precios índices de los productos agrícolas, éstos no sólo han ido descendiendo —comparados entre sí,— sino que han ido aumentando la diferencia que los separa de los productos industriales.

Las gráficas « tijeras » se abren desmesuradamente. El kilo de trigo, quiéranlo o no las matemáticas, pesa menos que el kilo de hierro. Para restablecer su equilibrio la filosofía capitalista —lo racional de lo irracional— (lo único que hasta ahora ha realizado racionalmente) proclama la destrucción de la máquina.

No más hierro: solo el glorioso y muy criollo parejero. Caballos y más caballos; caballos listos para desatarlos del arado y ayuntarlos al cañón, como proclama un informe oficial del Ministerio de Agricultura en su defensa de la bestia.

Campesino: se ha salvado la verdad bíblica:

« Ganarás el pan con el sudor de tu frente »...